
Del tautismo y la comunicación en la era Frankenstein

Lucien Sfez, *Crítica de la comunicación*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995, 511 pp.

Cynthia Pech Salvador

Lucien Sfez, en el libro que se comenta, aborda el tema de la comunicación —término y concepto— y las implicaciones del uso que en la actualidad se le da. Plantea el autor que hoy, cuando todo es comunicación, ya ésta no es precisamente lo que se dice que es. Tomando las palabras de Baudrillard, es evidente que todos, absolutamente todos, estamos inmersos en la espiral de la comunicación, de la cual no podemos escapar.

La crítica de Sfez se centra en la invasión de los medios en todos los dominios de la sociedad: en las esferas de las ciencias exactas —biología, física—, religiosa, de las relaciones humanas, psicosociales y políticas. La comunicación, nos dice el autor, ha contaminado a todas estas esferas y ha recreado —según sean los intereses de

cada una de ellas— un significado que dista de ser el sentido primario del comunicar humano. A esta nueva era “comunicativa” la denomina tautismo —por la conjunción de tautología (pleonasmos), autismo (aislamiento, sordera, enmudecimiento) y totalitarismo (absoluto)—, concepto que pertenece a la sociedad Frankenstein, en donde la *creatura*, esto es, la máquina, domina por entero al creador, es decir, al ser humano.

La sociedad Frankenstein, según Sfez, está instalada en la era del mismo nombre, en la de la tecnocomunicación, donde la comunicación es “representación” y “expresión” sin diferencia, donde domina la computadora —inteligencia artificial y pensamiento “computable”— y las psicoterapias —basadas en los estudios de la Escuela de Palo Alto y la investigación-acción—.

Cibernética y cognitivismo se dan la mano y nutren de significado a la comunicación de esta era, la cual carece de sentido pues engloba todo y nada al mismo tiempo. Ante esto, el autor se plantea la necesidad de saber a toda costa cómo la comunicación contemporánea ha muerto el mismo día de su nacimiento, cómo la sociedad de comunicación puede trabajar en su propia tautología, de qué se compone el tautismo, de qué efectos se vale para triunfar sin combatir, e incluso cuál es exactamente este universo de máquinas de comunicar, de representar y de

expresar, y por qué sesgos, juegos o entrelazamientos, este universo mecánico ha producido el tautismo y su ciencia, la ciencia cognitiva, y su teología. Es aquí donde Sfez introduce el concepto de tecnologías del alma: plantea que no hay que remitirse a la Edad Media para entender que, como fruto de esta sociedad tecnologizada, el ser humano ha desarrollado una cultura tecnológica en donde el *yo (self)* y el espíritu se conjugan (*double self*), formando un alma distinta a la de Medioevo. Esto lo argumenta retomando algunas investigaciones, como el trabajo de Sherry Turkle en *The second self* (1984), estudio que presenta la investigación que esa autora realizó con niños y adultos de Estados Unidos, conocidos como *hackers*, para determinar los efectos de las prácticas de la computadora sobre el comportamiento humano: la existencia de una relación muy cercana con la computadora era evidente, así como la dependencia que existía de ésta por parte de los niños y algunos adultos. Así Sfez explica, retomando a Turkle, que esta relación entre el/la individuo y la computadora construye una identidad (el ser) en donde el ego se le atribuye a la computadora y a partir de su funcionamiento se entiende el de los seres humanos —como máquinas—, pero se les asigna a aquéllas una perfección inalcanzable por éstos, borrándose la diferencia entre la máquina y el/la sujeto, es decir,

entre la *creatura* y el creador. Ya no hay límites.

De esta manera la “igualdad” que se establece entre el aparato y el ser humano, en cuanto a que éste piensa como máquina, llevan a creer que el pensamiento de la computadora se construye como el del humano, lo cual se ha encargado de demostrar la ciencia cognitiva —y el cognitivismo—: el pensamiento humano se construye como el de una máquina, hay que trabajar con y para las máquinas; “la ciencia cognitiva instala una gran confusión, tanto en las definiciones que ella recorta a su propia medida como en las orientaciones que ella trastorna [...]. El autismo, la tautología, la totalización totalitaria, tales son los mensajes repetidos por todos los cognitivistas”.

Sfez también aborda “la teoría contextual”, surgida en Estados Unidos como una terapia que rebasa todos los límites: es un poco de psicoanálisis, de religión, un poco de todo. Terapia que se inscribe en el *yo* presente, sin pasado que importe y en donde lo que interesa es “amar” para comunicarse.

En todo momento el autor insiste en la existencia de una confusión en cuanto al término y al concepto de comunicación. Hoy en día, nos dice, comunicación es todo, o mejor dicho, se dice que es todo. Por eso la denomina tautismo, en donde todo y nada es lo mismo, en donde el “y” (esto) o el “y” (aquello) dominan y se engloban

de forma paradójica. "Cuando un objeto puede ser esto y aquello, cuando estoy aquí y allá, dentro y fuera, ¡me veo enfrentado a un extraño mecanismo! [...] A esta confusión de puntos de vista se agrega la que proviene de la reversibilidad de la parte y del todo. La parte envuelve a la totalidad a la que *expresa*, y la totalidad envuelve a la parte de la cual es la expresión. Esta envoltura recíproca permite el tránsito (y nutre la ambigüedad) del sujeto hacia la sociedad, y de la sociedad hacia el sujeto, así como permite la remisión indistinta del sistema —considerado como totalidad— al sujeto —considerado como la expresión total de una sociedad dividida—. La paradoja es el síntoma de una crisis donde, al no desatar el nudo que instaura, el individuo pierde su identidad." Entonces el *yo* está presente como referente y representación únicos: autorreferencia y autorrepresentación; no existe el afuera. "Como la paradoja, y utilizando la red para propagarse, la simulación es en principio síntoma, luego símbolo. Su generalización prefigura una teología segunda y, a la espera de encontrar su expresión en una ciencia general de cualquier *conocimiento que se conozca en sí mismo como su mismidad*, echa raíces en nuestras prácticas y adorna de gracia nuestras indecisiones." Pero para que todo lo anterior suceda es necesaria la interacción en donde todo interactúa con todo y la

confusión se da, la comunicación falsa se da y todo ya es confuso en la sociedad Frankenstein. La imbricación de red, paradoja, simulación, interacción, deriva en tautismo.

La ciencia cognitiva, nos dice el autor, confunde la representación y la expresión y las usa indistintamente; los *media* también y nosotros nos quedamos con esa confusión. Así "la idealidad *computacional*, como proceso universal del pensamiento, se erige frente al individuo como una guía casi podría decirse moral", es decir, se convierte en una religión en la que, como todas las religiones, hay que creer fehacientemente. El pensamiento computacional es nuestro único "dios".

"La sociedad Frankenstein, con la introducción de un *double self*, atestigüa: la computadora es la tecnología: tecnología al cuadrado, en el centro de cualquier dispositivo tecnológico. La ciencia cognitiva, que teoriza acerca del funcionamiento del cerebro según el modelo de la computadora, se convierte entonces en el pensamiento de todo pensamiento. Repitiendo al infinito los esquemas informáticos cuyo origen humano ella misma olvidó, despliega sus tautologías totalizadoras, autistas en nuestros espíritus por pérdida de la memoria. De nuevo el tautismo. La ciencia cognitiva o ciencia tautista del tautismo y un tautismo religioso." Aquí cabe hacer la pregunta: ¿cómo luchar contra el tautismo?

Si representación y expresión se confunden, así como el decir y lo dicho, hay que tener en cuenta que tampoco lenguaje es lengua ni que signo es símbolo. ¿Cuál es la respuesta a la pregunta anterior? Tomando Sfez como ejemplo a la República, a la original, la de los griegos, la lucha contra el tautismo estaría en no confundir el esto con el aquello, en no confundir representación con expresión, ni mucho menos el decir con lo dicho. Así como el decir, mero acto de habla, de abrir la boca y emitir sonido, lo dicho corresponde al acto de enunciación en donde las palabras se transforman en frases y éstas, a su vez, en enunciados.

La enunciación equivaldría a pensar lo que va a ser dicho; así, representación equivale a las máquinas y expresión al ser humano. La propuesta de Sfez es entonces la siguiente: hay que diferenciar cada cosa por su nombre y no confundir. Hay que dar sentido antes de significar (Ducrot), hay que interpretar, y aquí Sfez proclama a la hermenéutica filosófica que se propone un sentido a partir de la intención del enunciador y tomando también en cuenta la percepción evaluadora del receptor que es el intérprete. (Como todo buen metafísico, no plantea en su modelo qué elementos son necesarios para interpretar esa hermenéutica.)